

† Ramón Gómez de la Serna

LA TORMENTA

(FRAGMENTOS)

...Los automóviles amarillos, pasaban muy tristes. ¡Los caballos blancos resultaban muy blancos y desnudos bajo la tormenta!

Los simones estaban contentos, porque ellos tienen tritones flacos para la tormenta.

Las piedras de la calle, los morrillos con cabeza roma, abrían la boca como besugos.

Se despertaban todos los apetitos y todas las ansias... Las aceras estaban secas, estallantes, como labios secos. Era el momento álgido en que hasta crece el brocal de los pozos, en un deseo de acuciarse en el seno de la tormenta, y en el momento en que los árboles crecen más.

Deslucía el concentrado olor de las acacias el que surgiese entre-medias de él, el desolado ¡Ay! de las alcantarillas.

A lo lejos, por los campos de los descampados que se veían desde el balcón de la casa, las tierras tomaban, antes de que se derramase la tormenta, un tinte de campo mojado. Es que las investía el recuerdo de pasadas lluvias, y antes de que les llegase el agua les llegaba el recuerdo.

Había un piar de pájaros llenos de ternura bajo la tormenta. En los aleros, en sus altos portales, se ponían tiernos como las personas y no podían más. Cuando ya estaban bajo el alero es que la tormenta iba a estallar por fin. Los pájaros son los únicos que saben cuando pueden cruzar aún por el cielo y cruzar de tejado a tejado buscando el soportal de una teja.

En el horizonte las nubes se desmadejaban en fantásticos flecos de un fantástico mantón.

Es todo como una niña que va a llorar.

Y las lágrimas de la tormenta comienzan a caer en un preámbulo de silencio. Toda la calle se llena de perras gordas, como si las tirase a porradas el padrino de un bautizo...